Alipio y Nebridio, jóvenes vacilantes en la fe, un alma tan bien templada, que ni las vicisitudes de la guerra, ni las costumbres de la corte habían hecho titubear.

Aquel mismo día, hablando Potenciano con San Agustín y Alipio, vió sobre la mesa de juego un libro que cogió y abrió maquinalmente, como acontece durante la conversación, creyendo sería de Cicerón, ó acaso de Quintiliano; pero no, eran las *Epístolas de San Pablo* (1). Sorprendido por esto, miró sonriendo á Agustín, y habiendo éste confesado que desde algún tiempo leía la Sagrada Escritura con grande contentamiento, la conversación tomó un giro completamente cristiano.

Había viajado mucho Potenciano por las Galias, España, Italia y Egipto, y estos países los recorrió como cristiano, es decir, fijándose en las maravillas que obraba la verdadera Iglesia, ó sea la católica. Entre todas ellas ninguna le causó tanta admiración como el ejercicio de la virginidad, de la caridad y de la vida religiosa. Los desiertos de Egipto y de la Tebaida exhalaban aromas cristianos; sobre las riberas del

(1) «Forte supra mensam lusoriam quæ ante nos erat, attendit codicem, aperuit, invenit apostolum Paulum, inopinatè sanè; putaverat enim de libris quorum professio me conferebat.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VI.)

Nilo, regiones incultas y testigos de tantos horrores en la antigüedad, habían aparecido multitud de vírgenes que vivían como ángeles en cuerpos mortales y que, bajo un cielo de fuego y un clima enervante, desplegaban la más sorprendente energía, consagradas al ejercicio santísimo del amor de Dios. Allí se reunían cuantos abandonaban el mundo, despreciando sus vanidades, disgustados de sus corrupciones, horrorizados de sus bajezas y deseosos de consagrar á Dios toda su vida: vírgenes sin mancha, madres inconsolables por la pérdida de sus hijos; doctores y filósofos formados en la escuela de Alejandría, sedientos de humildad y silencio; soldados que habían corrido el mundo, sin encontrar á Dios; confesores de la fe y mártires de la verdad, que, escapados de los potros y bañados en sangre, habían venido á reanimar sus fuerzas con las aguas refrigerantes de la oración y penitencia. Su número era prodigioso, y sólo en la montaña de Nitria había cinco mil anacoretas. Más lejos, á una media jornada hacia el interior del desierto y en un sitio llamado Cella, encontrábanse dos mil. En otro había cerca de diez mil bajo la dirección de San Serapión, y casi otros tantos bajo la de Macario. San Pacomio, que acababa de morir, había dejado siete mil penitentes en sus soledades de Tabenna, y en la congrega-

ción general, que se celebraba todos los años, de los monasterios que seguían su regla, llegaron á reunirse hasta cincuenta mil. Las ciudades mismas estaban inundadas: en Ancira había diez mil vírgenes, y el año 356, sólo en la ciudad de Oxpringue, halláronse veinte mil consagradas al Señor.

Estas maravillas, nunca vistas, empezaban á impresionar al mundo y á entusiasmar los corazones cristianos. San Atanasio había escrito poco antes la vida prodigiosa de San Antonio, el gigante del desierto; y muy luego se iban á publicar las de los ilustres patriarcas de la Tebaida, Pablo, Hilarión, Pacomio y Macario, que escribían entonces unos hombres de distinto género, ciertamente, pero sobremanera notables: San Jerónimo, San Epifanio y San Efrén.

Agustín no tenía la menor idea de estas cosas. Como muchos que pasan al lado de la Iglesia católica sin verla, había vivido treinta años en Africa y á las puertas de Alejandría, sin haber oído hablar, ni de Antonio, ni de los solitarios, ni de las vírgenes, ni de ninguna, en fin, de esas obras admirables, por las cuales la Iglesia mostraba que era la verdadera Esposa de Jesucristo. No se había tampoco apercibido de que en Milán, y á su vista, vivía una multitud de vírgenes en pureza angelical; para las cuales el mismo Ambrosio había escrito sus tres libros de *Las Vírgenes*, y en aquel entonces disponía el bello *Tratado de la Virginidad*. Agustín, pues, escuchaba todas estas cosas admirado y pendiente de los labios de Potenciano. «Nos quedamos, dice, ex»tasiados y llenos de admiración al oir estas ma»ravillas tan recientes y casi contemporáneas, »obradas por la verdadera fe de la Iglesia; y nos »causó sorpresa la vista de cosas tan extraordi»narias, lo mismo que á Potenciano el que nos »fueran desconocidas (1).»

Pero si tales maravillas habían pasado desapercibidas á los ojos de Agustín, no habían dejado de alegrar á la Iglesia, y de probar su divinidad manifestando el poderoso espíritu que la animaba; pues, del mismo modo que en otro tiempo la sangre de los mártires se convertía en semilla de cristianos, así ahora la virginidad y los virtudes del desierto daban á Dios apóstoles, doctores y héroes. Potenciano sabía un buen ejemplo de lo que vamos diciendo, y excitado por la silenciosa curiosidad de sus amigos, les refirió poco más ó menos lo siguiente:

(1) «Stupebamus audientes tam recenti memoria, et prope nostris temporibus testatissima mirabilia tua in fide recta et catholica Ecclesia. Omnes mirabamur, et nos quia tan magna erant, et ille (Potitianus), quia inaudita nobis erant.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VI.)

«Hallándose él mismo en la ciudad de Tréve-
»ris (interior de las Galias), fué una tarde, mien-
»tras el Emperador presenciaba los juegos cir-
»censes, á pasear en compañía de tres amigos por
»los jardines contiguos al muro de la ciudad.
»Allí ya, dos tomaron ruta distinta de la de
»sus compañeros, hallando luego una cabaña en
»que habitaban algunos siervos de Dios, de esos
»que profesan la pobreza de espíritu, y para
»quienes ha de ser el reino de los cielos. Entra-
»ron, y vieron allí el libro de la vida de San An-
»tonio Abad. Comenzó á leerla uno de ellos y
»también á admirarse, encendiéndose en amor de
»Dios y pensando, mientras leía, en abrazar aquel
»género de vida y emplear la suya en el servicio
»del Señor, sin cuidarse del porvenir terreno.
»Lleno entonces de un santo y religioso pudor, é
»indignado contra sí mismo, volvióse á su ami-
»go interpelándole de este modo:—Díme por fa-
»vor ¿á qué aspiramos con nuestras fatigas y tra-
»bajos? ¿qué es lo que buscamos? ¿cuál es el fin
»con que seguimos la corte? ¿podemos prome-
»ternos otra cosa que llegar á ser amigos del
»Emperador? y ¿qué hay en esa amistad que no
»sea frágil, de corta duración, y que no esté
»lleno además de peligros? y ¿por cuántos de és-
»tos hay que pasar por necesidad, para llegar á
»ése que es el mayor? y ¿cuánto tiempo sería

»necesario para conseguir esa amistad? Pues en
»cambio, si yo quiero ser amigo de Dios, puedo
»serlo desde este momento y en este mismo ins-
»tante.—Así hablaba, y como atribulado con el
»proyecto de mudar de vida, volvió á abrir de
»nuevo el libro: agitados su corazón y su alma
»mientras leía, por afectos y pasiones vehemen-
»tísimas, venció al fin la gracia, y, consagrán-
»dose interiormente al Señor, habló así á su
»compañero:—Estoy ya separado totalmente de
»cuanto hasta el presente fué objeto de nuestras
»esperanzas: me hallo resuelto á servir á Dios,
»y quiero empezar desde este momento y en
»este mismo sitio.—Su compañero le aplaudió,
»y, decididos ambos á no volver más al mundo,
»empezaron á edificar esa torre que se levan-
»ta con lo que se abandona por el servicio de
Dios.

»Yo, continúa Potenciano, llegué á la cabaña
»acompañado del otro amigo, precisamente cuando
»acababa de suceder lo que llevo dicho, y como
»yo lo ignorase, advertíles la proximidad de la no-
»che, y que ya era hora de retirarnos; mas enton-
»ces supe por su propia boca todo cuanto había pa-
»sado, y cómo les inspiró Dios la idea de consa-
»grarse á su servicio. Suplicáronnos por tan-
»to que, si no queríamos imitarlos, no contrariá-
»semos al menos sus proyectos; y nos retiramos

»llorando por nosotros, que tan poco fervor te-»níamos, después de haberles felicitado, y de »habernos encomendado piadosamente á sus ora-»ciones. Volvimos, pues, á palacio con el corazón »inclinado á las cosas de la tierra, mientras »ellos, fijo el suyo en el cielo, habitaban la caba-»ña; y como ambos tuviesen empeñada su palabra »para contraer matrimonio, sabedoras sus pro-»metidas de la determinación que habían toma-»do, resolvieron también consagrar á Dios su vir-»ginidad (1).»

Entusiasmado Potenciano con la relación de estos hechos, no advirtió la tempestad que rugía en el corazón de Agustín. Mientras habló de los ejemplos admirables de inocencia, de pureza, de respetabilidad y de valor, que ilustraban y embalsamaban los desiertos, Agustín no había hecho más que aplaudir tranquilamente; pero cuando Potenciano mostró á esos dos oficiales abandonándolo todo por Dios, cuando oyó que brotaban de los labios de uno de ellos estas fervorosas palabras: «¿Qué hacemos nosotros? ¿qué deseamos? »¿ser amigos del Emperador? ¿y para qué?... ¿No »será mejor buscar la amistad de Dios?», había sentido fuertes como nunca los gritos de su conciencia.

(1) *Confes.*, lib. VIII, cap. VI.

«Mientras Potenciano hablaba, dice Agustín, »mi corazón se deshacía y yo estaba lleno de con-»fusión y vergüenza viendo mi deformidad, mis »manchas, mis impurezas, mis úlceras; cuanta »mayor era mi admiración ante las vidas castísi-»mas que acababa de referirme, más me horrori-»zaba de mí mismo, comparando mi vida con »las de aquéllos. ¡Tantos años perdidos! ¡tanta »vida inútil! ¡doce años y más desde que cum-»plí los diecinueve de mi juventud, en cuya épo-»ca con la lectura del *Hortensio* de Cicerón se »había despertado en mí el amor y deseo de la »verdadera sabiduría! ¡Y yo difería aún sacrifi-»car la vana felicidad terrestre, por ir tras esa »felicidad que, no ya poseída sino buscada »simplemente, es preferible á todas las deli-»cias de la tierra!... Por mucho tiempo había »venido diciéndome á mí mismo, que si no sa-»crificaba las miserables esperanzas del siglo, »era porque no veía claramente la luz: ¡ay! esta »luz había aparecido, y mi conciencia me gri-»taba: ¿en qué piensas tú que decías, ser la »duda lo único que te impedía renunciar á la »vanidad? Todo es cierto al presente, la verdad »te acosa, y sin embargo, ¡el fardo de la vanidad »te agobia aún!, mientras otros que no han tra-»bajado ni empleado tantos años como tú en la »investigación de la verdad, han desplegado sus

»alas, subiendo á Dios prontos y animosos (1)!»

»Es lo que yo me decía interiormente, añade San Agustín, mientras Potenciano hablaba. »Corroíame, lleno de confusión y entregado á »una rabia violenta que me atormentaba y turbaba así mi rostro como mi espíritu (2).»

Por fin se fué Potenciano, y Agustín, que no era ya dueño de sus movimientos, se dirigió hacia el jardín seguido de Alipio. Santa Mónica, fuera que habiendo asistido á la referida conferencia, adivinase con su corazón de madre el estado de su hijo, fuera que advertida por Alipio, y quién sabe si por Dios mismo, de que se aproximaba el gran momento, retiróse á su habitación, y allí,

(1) «Narrabat hæc Potitianus... Et videbam, et horrebam; et quo à me fugerem non erat... Tum vero, quanto ardentiùs amabam illos de quibus audiebam salubres affectus, tanto execrabiliùs me comparatum eis oderam. Quoniam multi mei anni mecum effluxerant, forte duodecim anni ex quo ab undevigesimo anno ætatis meæ, lecto Ciceronis *Hortensio*, excitatus eram studio sapientiæ, et differebam, contempta felicitate terrena, ad eam investigandam vacare... Et putaveram me propterea differre de die in diem, quia non mihi apparebat certum aliquid quo dirigirem cursum meum. Et venerat dies quo nudarer mihi, et increparet in me conscientia mea: nempe tu dicebas propter incertum verum nolle te abjicere sarcinam vanitatis: ecce jam certus es.» *(Confes.*, lib. VII, cap. VII.)

(2) «Ita rodebar intus et confundebar pudore horribili vehementer.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VII.)

cayendo de rodillas, pidió fervorosa con todo el ardor de su corazón maternal y con toda la fuerza de su santidad, el alma del hijo amado que por última vez iba á debatir con Dios (1).

Cuando Agustín se halló solo con Alipio, díjole muy conmovido; «¿Qué hacemos nosotros? »¿En qué pensamos? ¿Acaso no has oído nada? »¡Levántanse de la tierra los ignorantes apode»rándose del cielo, y nosotros, con toda nuestra »ciencia, sin corazón ni cordura, nos revolca»mos en el cieno de la carne y de la sangre! ¿Es »que tengamos á deshonra el seguirlos? y ¿no »ha de ser deshonra el carecer de valor para imi»tarlos (2).» Pronunciadas estas palabras, sin esperar respuesta, é impulsado por la excitación

(1) Esta tradición se halla consignada en casi todas las liturgias agustinianas, y en la mayor parte de las obras compuestas en loor de su Patriarca por religiosos de las diferentes Ordenes que siguen la Regla de San Agustín. El P. Luis de los Angeles, eremita, la da por segura. *(Della Vita e Laudi del S. D. August.*, lib. II, cap. V); y el P. Arcángel de la Presentación, carmelita descalzo, la apoya á su vez en muchos lugares de sus numerosas y doctas obras sobre San Agustín. *(Comment in Confes.*, edit. Florent., 1757, op. et studio Fr. Archangeli à Presentatione, carmel. excalceati.)

(2) «Quid patimur? quid est hoc? quid audisti? Surgunt indocti et cœlum rapiunt; et nos, cum doctrinis nostris sine corde; ecce ubi volutamur in carne et sanguine! An quia præceserunt pudet sequi, et non pudet nec saltem sequi?» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VIII.)

que sentía, se alejó de Alipio. Éste le miraba sorprendido, porque su acento era extraño; y su frente, sus mejillas, sus ojos, el color de su rostro y el timbre de la voz, mejor aún que sus palabras, daban á conocer el estado agitadísimo de su espíritu.

Contiguo á la casa había un jardín: «A él, »dice San Agustín, me lanzó la tempestad que »rugía en mi alma. Allí nadie podía interrum»pir el sangriento combate que había empeñado »contra mí mismo, y me retiré de Alipio cuanto »pude, para que ni aun su presencia me estor»base, sentándome lo más lejos posible de la casa. »Entonces mi espíritu se estremecía, y se in»dignaba contra sí mismo; porque no me so»metía á vuestra voluntad, ¡oh Dios mío!, y »porque no me unía á Vos, hacia quien todas las »potencias me impulsaban gritando: *valor, ání»mo, aliento*. Se apoderaba de mí la más turbu»lenta indignación, sufría y me torturaba acu»sándome con acritud desconocida, volviéndo»me y revolviéndome, para romper la cadena »que sólo pendía ya de un débil anillo, pero que »sin embargo me sujetaba. Decíame en lo íntimo »del corazón: *ea, hágase al instante, ahora se »ha de romper este anillo*, y mi corazón seguía »ya el impulso de la palabra, pero iba á obrar y »no obraba; y cuanto más se acercaba el momen»to en que debía cambiar por completo, mayor »era el sobresalto que de mí se apoderaba (1).

»Las cosas más frívolas y livianas, todas va»nidad de vanidades, quiero decir, mis amista»des antiguas, eran las que me detenían y, ti»rándome de la ropa, decían en voz baja: *Pues »qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿No he»mos de estar contigo ya jamás? ¿Desde aho»ra y para siempre no te será permitido esto y »aquello?* Pero ¡qué cosas eran las que me suge»rían é indico con la palabra *esto* y *aquello!* »¡qué cosas me sugerían, Dios mío! Apartad, Se»ñor, por vuestra misericordia, del alma de vues»tro siervo, aun la idea y el recuerdo de las su»ciedades é indecencias que me traían á la me»moria (2). Pero ya no se presentaban como antes »cara á cara, sino que iban murmurando por la »espalda, siguiendo mis pasos, llamando y co-

---

(1) «Sedimus quantum potuimus remotè ab ædibus. Ego tremeban spiritu indignans turbulentissima indignatione, quod non irem in placitum et pactum tecum, Deus meus, in quod eundum esse omnia ossa mea clamabant... Sic ægrotabam et excruciabar accusans meipsum solito acerbiùs nimis, ac volvens et versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum quo jam exiguo tenebar, sed tenebar tamen.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XI.)

(2) «Retinebant nugæ nugarum, et vanitates vanitatum, antiquæ amicitiæ meæ, et succutiebant vestem meam carneam, et submurmurabant: Dimittisne nos? Et